

nicería. En todas partes, los representantes y las autoridades reaccionarias habían arrestado á los patriotas órganos del Terror; en todas partes, los compañeros de Jesús y del Sol urdieron el exterminio de los presos; á pretexto de que no se les juzgaba bastante de prisa y de la posibilidad de que [se les absolviese. El rumor, asaz fundado por desgracia de que se iba á degollar á los patriotas de Marsella, junto con la provocadora actitud de algunas personas que salieron á la calle ostentando la escarapela blanca, sublevó á los obreros de Tolón, republicanos y montañeses todos, que se apoderaron del arsenal, forzaron á los representantes á devolver la libertad á los patriotas detenidos, y trataron de obligarles á ponerse á su cabeza para marchar contra los asesinos de Marsella. El diputado Brunel se saltó la tapa de los sesos y los otros dos se escaparon, desesperados por no haber podido sofocar la insurrección. Solos, sin jefes, sin orden y casi sin armas, partieron los obreros, en alas de un generoso impulso, á libertar á los patriotas de Marsella. ¡Inocentes! Al encuentro les salieron el furibundo Isnard y otros tres representantes, con tropas de línea, caballería y guardias nacionales, y los deshicieron en un cerrar de ojos, matando á no pocos y haciendo á muchos prisioneros. Las consecuencias de esta escaramuza fueron muy funestas en Tolón, horribles en Marsella. En Tolón, obreros y marineros desertaron en masa, huyendo de la comisión militar que Isnard y sus colegas fueron á establecer en aquella desdichada ciudad, que la reacción despobló ahora como antes despoblara el Terror. En Marsella, los compañeros de Jesús y del Sol pudieron entregarse á sus anchas al degüello de los patriotas encerrados en el fuerte de San Juan, á la entrada del puerto. Nada tan fácil como haber impedido á los facinerosos penetrar en el fuerte; pero las autoridades, que trataban á los presos con dureza y les tenían sometidos á pan y agua, se abstuvieron de reforzar la guarnición. Los asaltadores forzaron uno de los calabozos y degollaron á los presos, y como les llevase mucho tiempo derribar con el hacha las puertas de los demás, trajeron un cañón, que lo allanó todo, y taparon la entrada de los subterráneos con brazadas de paja humedecida, á la que pegaron fuego, pereciendo asfixiados los infelices presos. En medio de esta carnicería, regresaron de Tolón Chambón é Isnard, á los que salió á recibir su colega Codroi alegremente, como si todo se hallase tranquilo en Marsella, y hacía tres horas que se estaba degollando. De noche ya, se encaminaron los representantes hacia el fuerte, acompañados de porta-antorchas y de guardias nacionales, ordenaron cesar la matanza y reconviniéron á los asesinos, que les respondieron arrogantes: «No hemos hecho más que vengar á nuestros padres y amigos, y vosotros sois los que nos habéis excitado á ello». Según las listas oficiales, ochenta y seis fué la cifra de las víctimas; pasó de doscientas, según otros relatos. No se envió médico á curar á los heridos hasta pasados varios días, cuando ya casi todos habían sucumbido. ¿Qué castigo se impuso á los criminales? Los guardias nacionales prendieron á quince de ellos, para castigarlos; Cabroi se los arrancó de las manos y los puso en libertad. Después

del degüello, Isnard y Cabroi subieron á casa de Montpensier, á donde tuvieron la osadía de ir cinco ó seis sicarios con las manos ensangrentadas, á pedirles que les permitiesen acabar la faena. «¡Miserables, exclamaron los representantes, nos horrorizáis!... ¡Que se los arreste!»; pero, á los dos días, fueron puestos en libertad y recibidos en triunfo por el club reaccionario. Ninguna orden de arresto fué expedida por los representantes ni por las autoridades judiciales, nadie conocía á los asesinos; nadie se atrevía á declarar contra ellos. El atentado quedó impune. Cómo no había de quedarlo, si consta, por declaración de un granadero, que el propio Cabroi fraternizó con los compañeros del Sol y les alentó con las frases: «Fuera cañones, que hacen mucho ruido. Vais á alarmar á la ciudad... Vamos, vamos, muchachos. Yo estoy á vuestra cabeza...»

De Lyon y las bocas del Rhódano, la nueva Saint-Barthelemy se propagó á Vaucluse, á Drome, á Gard y al Loira; subió por el Noroeste hasta Aix y el Jura, y á trechos, acá y acullá, hubo degüellos en algunas regiones del centro y hasta en la extremidad Norte, en Sedán. En Lisle, pequeña localidad, se degolló á cincuenta personas. El departamento del Loira fué presa de espantosa anarquía: los obreros de la fábrica de armas de Saint-Etienne huyeron, dejando el edificio en poder de los contrarrevolucionarios, y multitud de patriotas de los campos abandonaron sus casas, yendo á ocultarse con sus familias en los bosques. Cuanto más se mataba, más crecía la furia de matar. Se degolló á personas de todos los partidos: á moderados, como el administrador de Vaucluse y Tissot, éste por el delito de haber confesado que en Mondragón los honrados habían asesinado á veintitrés patriotas; á reaccionarios, como Ralet, á pesar de haber mandado al cadalso, sin derecho y sin poder á los jueces de Orange, y como Rhedón, al regresar á su pueblo, después de haber condenado, como jurado, á Fouquier-Tinville.

Hubo en este contraterror una mezcla de crueldad fría y de depravación, cien veces más repugnante que la brutal ferocidad de los descamisados terroristas. A los asesinatos mezcláronse violentos ultrajes á las mujeres. Formaban el elemento principal de este movimiento jóvenes depravados, que se habían sustraído al gran reclutamiento y se ocupaban en perturbar y en degollar en lo interior, mientras la buena juventud francesa se batía en todas las fronteras. En Paris, los *currutacos*, con su elegancia de mal gusto y sus afectados modales, que oponían á la tosquedad de los descamisados, eran simplemente ridículos; en el Mediodía, eran feroces. Al salir de las matanzas de presos, ibanse, por la noche, á sus círculos, empolvados, perfumados, á enseñar á las mujeres sus manos ensangrentadas; y las elegantes, las maravillosas, les aplaudían y alentaban. Se sabe, de casi todos los puntos de Francia, la cifra aproximada de las víctimas del Terror revolucionario; no se ha podido averiguar el número de las víctimas del Terror reaccionario. Según frase de un escritor que no era amigo de la revolución, fué éste «un largo dos de Septiembre diariamente renovado», bien enterdido, el número de asesinatos aislados excedió con



mucho al de las víctimas sacrificadas en los degüellos de las cárceles. Los mismos que desechen por exageradas las cifras de algunos contemporáneos, que no eran por cierto jacobinos, no pueden menos de admitir que estas horribles escenas, prolongadas durante meses, hubieron de costar la vida á varios millares de personas. Semejantes dudas que en el número de las víctimas, existen en todos los demás extremos relativos al Terror blanco, el cual, como por unánime acuerdo, quedó envuelto en densas nieblas. En los archivos del Mediodía, se tuvo buen cuidado de quemar todos los documentos denunciadores de sus escenas, de las que se supo muy poco, hasta que Michelet encontró en Nantes las notas de un representante en comisión, Goupileau, y no menor diligencia emplearon los contemporáneos en no hablar de lo que habían visto, por aquello que decía un docto anciano: «Cosas son estas que atañen á familias respetables, y que están como veladas por el acuerdo de las *gentes honradas*». ¡Hasta qué extremo alcanza el privilegio de los mimados por la fortuna! Si hacen bien, se les inmortaliza en mármoles y bronce; si hacen mal, la Historia les respeta enmudeciendo.

Cuando el Terror blanco llegó á ensangrentar veinte departamentos, cobraron grandes alientos los realistas. Se formó en París un grupo fiel á los Borbones, compuesto de parte considerable de la *Juventud dorada*, de exdiputados de la Constituyente y de buen número de ciudadanos pacíficos y liberales, los cuales partiendo de la necesidad de restaurar la monarquía, reconocían por rey al que, por la muerte del Delfín, era más próximo heredero del trono, á Luis XVIII, hermano primero de Luis XVI, residente á la sazón en Verona, y querían que la restauración se efectuase, no por la violencia, sino por decisión del Cuerpo legislativo. Al lado de este Centro realista, había otro violento, radical, que tendía á la completa restauración del antiguo régimen por la fuerza, compuesto de personas impacientes é inquietas, que alistaban, conspiraban, mantenían inteligencias con Tallien y otros thermidorianos, se agitaban en las asambleas de las secciones, escribían á Verona, á Basilea, á la Vendée y Bretaña, á todas partes. En este grupo eligió la corte de Verona, en Noviembre del noventa y cuatro, los individuos que habían de formar una agencia realista en París, y los elegidos fueron el abate Brottier, el abate Lemaitre y el caballero Despommelles; todos tres crédulos, fanáticos, intrigantes, pero muy especialmente Brottier, de quien decía su colega Maury. «¿Queréis embrollar un negocio y hacerlo inextricable? Confíadlo al abate Brottier; sería capaz de provocar una sedición entre los ángeles delante del mismo trono de Dios». En los planes de restauración de la agencia realista, entraban como factor principal las fuerzas insurrectas de la Vendée y de Bretaña.

Dejamos en la Vendée al general Turreau, que con su sistema de exterminio, encendió de nuevo la guerra civil. Las partidas de Stofflet, Marigni y Charette, engrosadas y enardecidas, le batieron en todas partes expulsándole del Poitou y del Anjou. Fué desti-

tuído y reemplazado por el general Vimeux, que anunció una suspensión de armas y adoptó conducta más humana. Esto no obstante, la insurrección se mantuvo en toda su pujanza, en parte por la rapidez en sucederse los generales republicanos. En corto período, á Vimeux reemplazó Dumas, y á Dumas Canclaux. Charette se apoderó de dos campamentos republicanos y avanzó hasta los muros de Nantes, lo que movió á Canclaux á manifestar á su gobierno que se imponía con urgencia establecer negociaciones para la paz, si no se quería ver triunfante á la Vendée. No era más favorable á la República el curso de los sucesos en Bretaña, donde, después de la destrucción del ejército vendeano en Savenai, había vuelto á encenderse la guerra. Sus principales jefes eran Bois-Hardi, gentilhombre de vieja cepa; el atrevido y gigantesco Cadaudal, y el contrabandista Juan Cottereau, por sobrenombre *Chuanos*, el cual por su extraordinaria fuerza, bravura y piedad, tuvo el honor de que su apodo se aplicase á todos los insurrectos de Bretaña, llamados chuanos. Esquivando las grandes batallas, estos jefes cazaban los cuerpos de tropas aisladas, robaban las cajas públicas, detenían los correos, suspendían á los empleados republicanos y tenían ocupado á todo un ejército enemigo en esta pequeña é incesante guerra. Después de la caída de la Gironda, se puso al frente de los chuanos el conde José de Paisaye, exdiputado de la Constituyente, de alta estatura, agraciado porte, que se adaptaba sin esfuerzo á todas las posiciones y á todos los sistemas de vida, sin talento militar, pero dotado de raro valor personal y de espíritu aventurero, imponente y seductor á un tiempo, hábil para entusiasmar así á los contrabandistas bretones como á los ministros ingleses, dispuesto á vestir el traje de los labriegos y hacer con estos la pequeña guerra en los bosques, lo mismo que á exhibir en las cortes un lujo aristocrático. Este Paisaye logró en poco tiempo organizar las partidas de los chuanos, dándoles por generalísimo al que se titulaba barón Cormatin, aventurero inconstante, pero valeroso, y luego, en el verano del noventa y cuatro, se fué á Londres, con el objeto de negociar el concurso del gobierno inglés. Con esto, la guerra tomó en la Bretaña gran incremento. La Vendée se apagaba, dice con razón Michelet; la Bretaña se encendía, y la guerra de asesinato. Las partidas latro-facciosas de los chuanos reaparecían en puntos donde la rebelión estaba de tiempo atrás sofocada, y se presentaba en comarcas donde aun no había estallado la guerra civil; infestaban el Morbihan, las costas del Norte, toda la Bretaña y el Maine, y se corrían hasta la baja Normandía y el Perche; asesinaban á los funcionarios, á los patriotas de los campos, á los compradores de bienes nacionales, y se esforzaban en hacer perecer por hambre á las ciudades, amenazando de muerte á los que les llevasen víveres.

Esta multiplicación y propagación de los chuanos decidió al Comité de Salvación pública á confiar el mando del ejército de las costas de Cherburgo, con el que se fundió en seguida el de las costas de Brest, al mejor de sus generales, al sagaz y enérgico Hoche que se vió reducido con pena á perseguir á franceses extraviados, mientras sus compañeros



de gloria conquistaban preciados laureles en las operaciones del Rin. No quiere esto decir que su puesto careciese de importancia, y podía tenerla mucho mayor en el porvenir; porque, lo mismo para Carnot que para Hoche, el ejército del Oeste estaba llamado á ser el ejército de Inglaterra, la verdadera y única enemiga de la República. Hoche llegó al campamento con el propósito de ganarse á los pueblos por la justicia y la clemencia, y á este efecto, empezó dirigiendo á los moradores de los campamentos una proclama generosa y elocuente. Sus actos respondieron á las palabras. Obtuvo del gobierno la revocación del decreto que ordenaba arrasar, en todo el teatro de la insurrección, los vallados que en el Oeste circundaban los campos y los prados; protegió al labrador, en términos de suministrarle simiente donde ésta le faltaba, y prohibió turbar las prácticas religiosas, así como perseguir á los sacerdotes refractarios que no *chuaneaban*; pero, al mismo tiempo, dividió sus tropas en multitud de pequeños destacamentos, de tres á cuatrocientos hombres cada uno, de manera que las partidas chuanas, adonde quiera que se dirigiesen, topasen con la fuerza armada. A las pocas semanas de haberse encargado del mando, manifestó al gobierno, del propio modo que Canclaux, que la guerra sería interminable si no se llegaba á tranquilizar los ánimos, en vista de lo cual, la Convención, á propuesta del Comité de Salvación pública, decretó el primero de Diciembre, una amnistía general para los que depusiesen las armas en el plazo de un mes.

Esta amnistía no era sino el preludio de las negociaciones para la paz. Las entablaron el general Canclaux y el comisario Ruelle, por medio de una criolla, madama Gasnier, que se había consagrado á cuidar, alimentar y proteger á los prisioneros realistas, y que logró ahora, no sin correr grandes peligros, llegar hasta Charette, y exponerle el mensaje de paz. El primer impulso del general vendeano fué pedir la inmediata reposición del rey; pero la reflexión le puso delante la situación de la Vendée, devastada y yerma, con un tercio menos de población, que había perecido en los combates y en las cárceles ó sucumbido por la miseria y el hambre; con las aldeas destruidas y despobladas, habiendo algunos, como Chollet, reducidas á un solo habitante, y decidió, en conclusión, que era ya tiempo de pensar menos en los asuntos públicos y ocuparse un poco en la tranquilidad y dicha de los individuos. Los oficiales le confirmaron en esta resolución, sosteniendo que no debía rechazarse una paz honrosa, y dos de ellos pasaron á Nantes, para fijar las condiciones con los comisarios de la Convención. No pusieron reparo los insurrectos y la exigencia de los representantes, de reconocer el gobierno republicano; pero, á cambio de esto, exhibieron una lista de pretensiones, que tendían nada menos que á constituir la Vendée en un Estado independiente dentro del Estado nacional. Esto no obstante, las condiciones fueron aceptadas. En su virtud, Charette se trasladó al castillo de Jauney, á una legua de Nantes, donde firmó el convenio, el diez y ocho de Febrero del noventa y cinco. Se otorgaba á los insurrectos: libertad ilimitada de cultos; pago de las obligaciones contrai-

das por los jefes realistas, hasta la suma de dos millones; protección y sostén á los habitantes de la Vendée, para construir sus cabañas y restaurar su comercio y su agricultura; formación de una guardia territorial de dos mil hombres, al mando de Charette; exención del servicio militar para los jóvenes vendeanos, y entrega de sumas considerables á los principales jefes realistas. En prenda de reconciliación, Charette entró en Nantes al lado de los representantes, con el penacho blanco y la escarapela blanca todavía, que costó mucho trabajo hacérselos quitar. El espectáculo era bien extraño; mas de tal suerte se hallaban conturbados los ánimos por tantos horrores y era tan vehemente el deseo de paz, que en aquella ciudad republicana, donde tan profundamente se detestaba á los bandidos de la Vendée, oyéronse gritos de «¡Viva Charette!» Sin embargo de la tranquilizadora acogida que se le dispensó, quedóse éste preocupado y sombrío; no podía disimular su doblez su mala fe; la paz que acababa de firmar habíala violado ya en el fondo de su alma. Así, dijo á sus paisanos: «¿Creéis que me he hecho republicano desde ayer? No es la paz lo que acabamos de firmar; es una tregua que nos era indispensable. Merced á ella, podemos ahora esperar el socorro que los monarcas de Europa nos han prometido tantas veces. Conservamos nuestras armas y nuestra bandera, y si el enemigo nos ha tendido un lazo, lo evitaremos tanto más fácilmente cuanto que lo hemos previsto y que yo continúo en medio de vosotros».

Stofflet se mantuvo intransigente. «El rey ó la muerte», dijo, y reanudó al punto las hostilidades. En Bretaña, el joven general Humbert investido de omnímodos poderes por Hoche y por los comisarios de la Convención, logró ganar á la paz, en una serie de entrevistas celebradas en los meses de Diciembre y Enero, así al voluble Cormatin como al bravo y tenaz Bois-Hardi, el jefe más temible de las partidas bretonas. El cansancio y la extenuación triunfaron de la recíproca desconfianza que mediaba entre las partes. El doce de Febrero del noventa y cinco, Cormatin y otros jefes se manifestaron dispuestos á aceptar las condiciones que se habían otorgado á Charette; en esta misma actitud se fueron colocando sucesivamente todos los demás jefes, y al cabo, el veinte de Abril, los comisarios formalizaron en la Malibais el tratado con Cormatin y otros veintidós jefes de los chuanos. También Stofflet acabó por rendirse, pero á la pura necesidad. Acorralado por las tropas republicanas en las selvas del bajo Anjou é imposibilitado de continuar la lucha, no tuvo más remedio que firmar el dos de Mayo, en unión con el abate Bernier; su consejero y guía, un convenio en los mismos términos que el de Jaunave. Por estos pasos se llegó á la pacificación general en la Bretaña y en la Vendée. Pero, ni por las condiciones, de suyo insostenibles, ni por los recíprocos recelos y suspicacias con que se miraban las partes, era esta paz duradera.

¿Qué hacía en tanto Puysaye en Londres? Trabajar sin descanso en decidir al gobierno inglés á prestarle los recursos que necesitaba. Grandes dificultades tuvo que vencer al